

E L V A L I E N T E

OBRA EN UN ACTO

Holworthy Hall y Robert Middlewass  
(Traducción de Francisco Arriví)

PERSONAJES:

ALCAIDE (Cerca de los 60 años)  
PADRE DALY (El capellán de la prisión - 64 años)  
JAIME DYKE (El prisionero - 35 años)  
AYUDANTE (Enrique - 40 años)  
JOSEFINA PARIS (Una bella joven de 18 años)

LA ESCENA:

La oficina del Alcaide en la prisión estatal de Wethersfield, Connecticut. Son las once y media de una noche lluviosa. La oficina tiene un aspecto poco familiar; pisos de losetas grandes, paredes blancas ya un poco grises con el tiempo. Tiene una atmósfera de fría eficiencia.

Un escritorio con una butaca; dos o tres sillas, una de ellas cerca del escritorio y las otras cerca de las paredes. Una fuente de agua fría y un reloj grande de pared. En el escritorio, un paquete de cartas, un teléfono, botones de intercomunicación, tarjeteros, y otra utilería natural de un escritorio.

Al fondo de la escena hay dos ventanas con cristales y rejas fuertes de prisión. En la pared izquierda (la del actor), hay una puerta que comunica con la sala de espera y otras dependencias y en la pared de la derecha hay una puerta grande de dos hojas que da a un pasillo ancho. Hay una enorme lámpara de luz colgando del techo.

El Alcaide es un hombre fuerte, corpulento, con bastantes canas. Es un hombre sencillo, acostumbrado al mando y de recia contextura moral. No es un sentimental; cree que todo mal debe tener su justo castigo y que todo bien

13. NOV. 08

1180535-

C. 2

DMDU

debe recompensarse en la otra vida.

Al levantarse el telón, el Alcaide aparece sentado al escritorio pensando y fumando un gran cigarro. El Padre Daly está de pie cerca de una de las ventanas, mirando la noche. El Padre Daly es un hombre delgado, alto, con noble expresión. Su cara refleja una gran bondad. Es persona comprensiva y desapasionada que ahora se encuentra sumido en una peculiar depresión. Por varios segundos permanecen en silencio. Antes de hablar, el Alcaide hecha una bocanada de humo y mira al Padre.

- ALCAIDE : ¿Está lloviendo, Padre Daly?
- PADRE : (CONTESTA SIN VOLVERSE) Sí, señor Alcaide.
- ALCAIDE : Tenía que llover esta noche! (MIRANDO EL CIGARRO Y ECHANDOLO A UN LADO)
- PADRE : (MIRANDO EL RELOJ) Son más de las once. (SUSPIRA Y VIENE AL CENTRO DE LA ESCENA) Ya falta poco tiempo!
- ALCAIDE : (SE LEVANTA Y VA A TOMAR AGUA) Gracias a Dios. (PAUSA) ¿Estaba tranquilo cuando usted lo dejó en la celda, Padre?
- PADRE : (ABSTRAIDO) Sí, completamente tranquilo, y creo se mantendrá así hasta el final.
- ALCAIDE : (TERMINA DE TOMAR AGUA Y VUELVE A SU ESCRITORIO) En mi vida he visto tal sangre fría. Hay que reconocer que es un valiente. (MUEVE LA CABEZA EN SEÑAL DE ADMIRACION)
- PADRE : (CON TRISTEZA) He ahí la tragedia -que un hombre de tanto valor haya malgastado su vida-. Todavía no puedo reconciliar su manera de ser con el crimen que ha cometido.
- ALCAIDE : Cuando mandó por usted esta noche, creí que por fin iba a hablar.
- PADRE : Habló... habló muchísimo.
- ALCAIDE : (LO MIRA RAPIDAMENTE) ¿Sobre mí? ¿Sobre su vida pasada?
- PADRE : (SONRÍE) (SE SIENTA SOBRE SU ESCRITORIO) No. De todo menos de eso.
- ALCAIDE : (PONIENDO LOS CODOS SOBRE SU ESCRITORIO) ¿Y no le dijo su verdadero nombre?
- PADRE : No. Tal parece que desea morir desconocido.
- ALCAIDE : No hay duda que oculta su nombre para no causarle dolor a alguien. Sabemos que no se llama Jaime Dyke. Lo que cuenta tampoco es cierto. ¿Por qué hace ésto? Yo le diré el motivo. Sencillamente no desea que su familia y sus amigos se enteren de lo que le ha sucedido. Muchos condenados han intentado lo mismo, pero ninguno lo ha llevado a tal extremo.
- PADRE : Me parece que usted piensa correctamente, señor Alcaide.
- ALCAIDE : Un hombre sentenciado a morir esta noche, eso es todo lo que sabemos. Ignoramos quien es, ignoramos de dónde viene, no sabemos más sobre él, esta noche que hace cuatro meses cuando lo trajeron aquí.
- PADRE : Hay que tener valor para no solicitar a su familia, y a sus amigos en un momento como éste. Ellos han podido consolarte.

- ALCAIDE : Bueno, quizás sí y quizás no. ¿Qué hora es, Padre Daly?
- PADRE : Las once y media.
- ALCAIDE : (SE LEVANTA Y MIRA POR UNA DE LAS VENTANAS) Creo que me estoy poniendo viejo. En otros tiempos las ejecuciones no me ponían nervioso, pero ahora... ésta sobre todo...
- PADRE : No resultan agradables... es verdad.
- ALCAIDE : (SE VUELVE RAPIDAMENTE) Pero, ¿por qué tiene que conmovirme ésta más que las otras. El muchacho es culpable.
- PADRE : Sí, mató a un hombre.
- ALCAIDE : Y se declaró culpable. Por lo tanto merece este castigo.
- PADRE : De acuerdo con la ley. Pero, ¿no le ocurre a usted, que cuando un criminal se conduce como un hombre inocente nos hace pensar que no es tan culpable como dicen las cortes?
- ALCAIDE : Muy cierto. Pero de todas maneras su actitud me pone nervioso. Se declaró culpable, pero actúa como un ser inocente. Me siento esta noche como si fuera a cometer un acto tan criminal como el de él. Y cuando un caso como el de Dyke me desconcierta de esta manera, creo que es hora de presentar mi renuncia.
- PADRE : (REFLEXIONANDO) Es muy poco común la actitud de este muchacho. Hace algunos minutos me sorprendí comparándolo con la fortaleza de los mártires cristianos a la hora de la muerte.
- ALCAIDE : Dyke no es un mártir.
- PADRE : Lo sé. Y es todo menos cristiano.
- ALCAIDE : ¿Tiene alguna religión?
- PADRE : Temo que no. Me escucha muy atentamente, pero lo hace porque le ofrezco compañía. Para él cualquier otra persona sería lo mismo, y cualquier otro tópico le agradaría más.
- ALCAIDE : Bueno, si desea morir como un ateo, no podemos forzarlo a hacer lo contrario.
- PADRE : (CON SUAVE REPROCHE) No, pero no debemos abandonar la esperanza de salvar su alma. Y su alma esta noche es tan oscura y misteriosa como una casa embrujada. ¿Va a hablar usted de nuevo con él, señor Alcaide?
- ALCAIDE : (ABRE UNA GAVETA Y SACA UN SOBRE) Debo. Todavía tengo en mi poder estos bonos de Dyke. (MIRA EL SOBRE) Cuando le ofrecieron \$2,500 por la biografía que salió en el periódico deseaba aquel dinero para realizar algún propósito. (DA CON EL SOBRE EN EL ESCRITORIO). Sin embargo, los bonos están

aquí y él no muestra ningún interés por ellos. (TOCA UN TIMBRE) Voy a hablar con él una vez más. Trataré de que me diga quién es.

- PADRI : ¿Quiere que vaya con usted o prefiere ir solo?
- ALCAIDE : (SE SIENTA, PENSATIVO, UNA MANO EN LA FRENTE, LA OTRA DANDO GOLPECITOS EN EL ESCRITORIO) Padre, esta noche voy a hacer lo que nunca en mis veintiocho años de alcaide.
- PADRE : ¿Qué piensa hacer?
- ALCAIDE : (GOLPEA EL ESCRITORIO CON MAS FUERZA) Voy a traerlo aquí hasta que sea la hora... de...
- PADRE : (SORPRENDIDO) Pero, ¿por qué? ¿Qué se propone usted?
- ALCAIDE : Si sentamos a Dyke junto a usted y a mí, se sentirá más libre de preocupaciones que en su celda y quizás logremos hacerle hablar. Además, cuando llegue la hora lo conduciremos directamente de aquí a la silla y los otros prisioneros no se enterarán. No quiero gritos ni escándalo como la vez pasada. (UN CARCELERO VESTIDO DE AZUL ENTRA POR LA PUERTA QUE DISPONGA EL DIRECTOR Y AGUARDA DE PIE) Manuel, vaya a la celda de Dyke y condúzcalo hasta esta oficina.
- MANUEL : Sí, señor. (CUANDO LLEGA A LA PUERTA SE VUELVE A ESCUCHAR LA VOZ DEL ALCAIDE).
- ALCAIDE : Manuel!
- MANUEL : Diga, señor...
- ALCAIDE : ¿Están listos?
- MANUEL : Falta como media hora.
- ALCAIDE : (CON AUTORIDAD) No quiero equivocaciones esta noche, ¿me entiende? Si algo sucede se las tendrán que ver conmigo.
- MANUEL : No habrá equivocaciones, señor Alcaide.
- ALCAIDE : Cuando estén listos avíseme. Estaré aquí con Dyke y el Padre Daly.
- MANUEL : (ABRIENDO LOS OJOS) ¿Có...mo dice usted, señor?
- ALCAIDE : Sí, aquí. Cuando estén listos deje la sala de ejecución. Lléguese por la galería hasta esa puerta y deténgase en el umbral. ¿Me entiende?
- MANUEL : Sí, señor.
- ALCAIDE : Esa será la señal convenida.
- MANUEL : Sí, señor.

- ALCAIDE : (SUSPIRA HONDO) Muy bien. Ahora voy a buscar a Dyke.
- MANUEL : Sí, señor. (SALE)
- PADRE : ¿Llegaron ya los testigos y los señores de la prensa?
- ALCAIDE : Están en la sala de espera. Les asignaré los asientos dentro de quince o veinte minutos. Que esperen (SALVAJEMENTE) Si pudiera los quemaría a todos. Testigos! Periodistas! (TIMBRE Y TELEFONO)
- ALCAIDE : Hola... sí... sí... ¿cómo dice? (AL PADRE) Padre, el gobernador Fuller.
- PADRE : ¿Cómo? (CAMINA HACIA EL ESCRITORIO) ¿Es acerca de Dyke?
- ALCAIDE : (AL TELEFONO) Sí, es el alcaide Holt... ¿Cómo está señor gobernador?... ¿Yo? No, no me siento muy bien que digamos... Sí, dentro de media hora... No, no habrá equivocaciones... Hicimos las pruebas, una esta tarde y otra esta noche a las nueve. Bueno, de acuerdo con la ley a las doce, pero usted es el gobernador y... ¿Cuánto tiempo desea que espere?... ¿Cómo dice?... Una joven... ¿La envía acá?... ¿Que ya me la envió?... Bien... Lo llamaré cuando todo haya terminado. Adios. (AUDIFONO COLGADO. SE SECA EL SUDOR CON SU PAÑUELO Y SE VUELVE HACIA EL PADRE) ¿Oye, usted, Padre? Una joven cree que Dyke es su hermano y ha convencido al gobernador para que la deje hablar con él. Llegará de un momento a otro, en el carro del gobernador.
- PADRE : (CABIZBAJO) Pobre niña!
- ALCAIDE : Al principio tuve esperanzas de que indultaran a Dyke.
- PADRE : Yo también.
- (SE ABRE UNA PUERTA Y APARECE DYKE SEGUIDO DEL CARCELERO. A UNA SEÑAL DEL ALCAIDE ESTE SALE Y CIERRA LA PUERTA).
- ALCAIDE : (MUEVE SU SILLA) Siéntese, Dyke. (SEÑALA SILLA A LA DERECHA DE SU ESCRITORIO).
- DYKE : Gracias. (SE SIENTA).
- ALCAIDE : (SE ECHA HACIA ATRAS EN LA SILLA Y LO MIRA PENSATIVAMENTE) Dyke, ha estado usted cuatro meses bajo mi custodia y se ha conducido siempre como un caballero.
- DYKE : (POCO CINICO, PERO NO IMPERTINENTE) No tenía porqué causarle molestias, señor Alcaide.
- ALCAIDE : No, ninguna. He tratado de que estuviese usted lo más cómodo que permite la ley.
- DYKE : Ha sido muy amable conmigo. (MIRA HACIA ATRAS) Usted también, Padre Daly.

- ALCAIDE : Dyke, usted se quedará aquí con el padre y conmigo. (DYKE LO MIRA COMO PREGUNTANDO) No tendrá que volver a su celda.
- DYKE : (CASUAL) Bien.
- ALCAIDE : (UN POCO MOLESTO POR LA FRIALDAD DE DYKE) Usted no parece comprender que estoy haciendo algo fuera de lo corriente.
- DYKE : Lo se, señor alcaide, pero quizás usted no comprende por qué su idea no me entusiasma mucho.
- PADRE : (SE ADELANTA) Hijo mío, el señor Alcaide está tratando una vez más de ser amable contigo...
- DYKE : Lo sé, Padre, pero de ahora en adelante me da lo mismo este sitio que la celda.
- ALCAIDE : ¿Qué quiere usted decir?
- DYKE : (LEVEMENTE SARCASTICO) Bueno, que aquí o en mi celda, soy un hombre condenado a morir esta noche. Esa puerta, da a mi celda, afuera y al lado de esas ventanas hay guardas armados, esta otra puerta no se puede abrir a menos que alguien la abra del otro lado, y esta otra... ustedes saben tan bien como yo adonde conduce.
- ALCAIDE : ¿Prefiere entonces volver a su celda?
- DYKE : No, ésto es un poco más agradable... solo...
- ALCAIDE : ¿Qué?
- DYKE : Que en la celda podía fumar...
- ALCAIDE : ¿Qué desea, cigarro o cigarrillo?
- DYKE : Un cigarrillo si le da lo mismo.
- (EL ALCAIDE ABRE UNA GAVETA, SACA CAJA DE CIGARRILLOS, OFRECE UNO A DYKE, SE LO PRENDE Y APAGA EL FOSFORO) Gracias.
- ALCAIDE : Dyke, antes de que sea demasiado tarde, desearía que reflexionara sobre lo que le hemos aconsejado el Padre Daly y yo.
- DYKE : No he pensado en otra cosa.
- ALCAIDE : Entonces, de hombre a hombre, y ésta es su última oportunidad, ¿quién es usted?
- DYKE : (MIRANDO EL CIGARRILLO. PAUSA) ¿Yo? Jaime Dyke, un criminal.
- ALCAIDE : Ese no es su verdadero nombre y nosotros lo sabemos.
- DYKE : Usted no va a ejecutar un nombre. No veo por qué quiere saber si me llamo Dyke o no.

- ALCAIDE : ¿Cuál era su nombre antes de venir aquí?
- DYKE : Si lo tuve, lo olvidé.
- PADRE : ¿Es esa tu última palabra, hijo mío?
- DYKE : Sí, Padre, lo es.
- ALCAIDE : Dyke...
- DYKE : Sí, señor.
- ALCAIDE : ¿Ve usted esta correspondencia? (COLOCA LA MANO SOBRE LAS CARTAS)
- DYKE : Sí, señor.
- ALCAIDE : Trata sobre usted.
- DYKE : ¿Sobre mí?
- ALCAIDE : Sí, son cartas de todas partes del mundo, preguntándome su nombre. ¿Será Dyke el hijo perdido, el hermano, el esposo que salió un día y no volvió más?
- DYKE : ¿Las ha contestado usted?
- ALCAIDE : No, es usted quien debe contestarlas.
- DYKE : No comprendo lo que usted desea. ¿Cómo puedo yo contestarlas?
- ALCAIDE : Diciéndome su nombre. ¿No ve que debe usted hacerlo?
- DYKE : No, señor, honradamente no veo por qué.
- ALCAIDE : Usted quiere proteger a alguien, ¿verdad?
- DYKE : Sí, n...o... seguramente que no.
- ALCAIDE : A su familia, ¿no es cierto?
- DYKE : Dije que no.
- ALCAIDE : Escúcheme un momento, Dyke. Su confesión sería dolorosa, muy dolorosa para un hogar: el suyo, y en su familia es en quien piensa usted, ¿verdad? Sin embargo, aliviaría a otras miles de familias. ¿No cree que debe usted ofrecer ese alivio a tantas familias?
- DYKE : No, señor, no veo por qué.
- PADRE : El señor Alcaide tiene razón, hijo mío. Te suplico que reveles tu nombre.
- DYKE : Padre, es imposible.



- PADRE : Piensa, hijo lo que estás haciendo. No te preguntamos por curiosidad.
- DYKE : Lo sé, Padre, pero por favor, dejemos el asunto. Conteste esas cartas, señor Alcaide, y diga que no soy el hombre a quien buscan. Y dirá la verdad porque yo no tengo ni hermana, ni madre, ni padre, ni esposa.
- PADRE : (SUSPIRA) Está bien, hijo mío.
- ALCAIDE : Dyke, queda algo más.
- DYKE : Dígame.
- ALCAIDE : Aquí están sus \$2,500. (COGE EL SOBRE)
- DYKE : (COGE LOS BONOS Y LOS EXAMINA) ¿Bonitos, verdad?
- ALCAIDE : ¿Qué desea hacer con ellos?
- DYKE : No me los puedo llevar, por lo tanto, disponga de ellos.
- ALCAIDE : ¿Y a quién se los envió?
- DYKE : (RIE) Ah, señor Alcaide, ¿creyó que yo iba a caer con esa treta?
- ALCAIDE : ¿A quién se los envió? No me puedo quedar con ellos, y no los puedo destruir. ¿Qué quiere hacer con ellos?
- DYKE : (TIRA LOS BONOS EN EL ESCRITORIO) No puedo decirle. De todos modos pensaré y algo haremos. ¿Algo más?
- ALCAIDE : A menos que usted desee declarar algo.
- DYKE : No, creo que he dicho todo lo que tenía que decir. Maté un hombre y no me arrepiento de haberlo hecho, quiero decir: no me arrepiento de haber matado a ese hombre.
- PADRE : Hijo mío!
- DYKE : Padre, él merecía morir, y mi deber era matarlo. Yo nunca había estado en disputas, pero cuando me enteré de lo que ese hombre había hecho, me dominó la idea de matarlo, y lo maté, deliberada e intencionalmente. Supe lo que hacía y no tengo excusas, por lo menos, no tengo excusas ante la ley. Desde niño aprendí que siempre se paga por lo que se hace. Yo maté a un hombre y pagaré con mi vida. (SEÑALA HACIA LA PUERTA) De aquí a una hora cuando sin vida, si dos gendarmes celestiales aprisionan mi alma y la llevan ante Dios...
- PADRE : Hijo mío, no hables así.

DYKE : Perdona, Padre, no quise ofenderle. Lo que quise decir es que si voy a ser juzgado ante Dios por la muerte de la cual soy culpable, no sentiré miedo alguno porque el otro estará también allá. Cuando Dios escuche la historia tal y como es, la verdadera historia que no saben ni sabrán ustedes, que nunca escucharon en la corte, tampoco entonces sentiré temor. Dios sabrá juzgarme. Y si lo hace a usted sentir mejor, Padre, tengo la idea de que existe el más allá. Una vez leí en un libro que un milígramo de almizola da perfume por siete mil años, y que un milígramo de radio da luz por setenta mil. Entonces, ¿por qué no puede un alma - la mía, por ejemplo, vivir más de veintisiete? Pero si no existe el más allá, no hay que desesperarse, porque yo me desquité con ese hombre y la ley se desquitó conmigo.

(AYUDANTE ENTRA DE LA SALA DE ESPERA)

ALCAIDE : Bien, ¿qué desea, Enrique?

AYUDANTE : Una visita y una nota del gobernador Fuller.

ALCAIDE : (CASI SIN MIRAR EL HOMBRE) Bien.

AYUDANTE : Sí, señor.

ALCAIDE : Rebusque la joven, y llévela a la sala de espera hasta que yo lo llame a usted.

AYUDANTE : Sí, señor. (SALE)

ALCAIDE : Dyke, una joven ha venido a visitarlo. ¿Desea verla?

DYKE : No, ¿qué desea?

ALCAIDE : Cree ser hermana de usted. Ha hecho un viaje de cientos de millas para verlo.

DYKE : Está en un error. No tengo hermanas.

ALCAIDE : ¿Quiere que yo la reciba o la recibe usted?

DYKE : Recíbala usted, señor Alcaide.

ALCAIDE : Muy bien, (SE LEVANTA, PERO VUELVE A SENTARSE CUANDO DYKE HABLA)

DYKE : Un momento. ¿Dice usted que esa joven ha hecho un viaje muy largo para verme?

ALCAIDE : Sí, y que obtuvo permiso del gobernador para venir acá.

DYKE : Hace un año nadie cruzaba la calle para hablar conmigo y ahora hacen viajes de cientos de millas.

PADRE : Es una nueva deuda que contrae con la humanidad, hijo mío. No te tomará dos minutos hablarle.

- DYKE : Está bien. ¿Dónde puedo verla? ¿Aquí?
- ALCAIDE : Sí.
- DYKE : ¿Solos? (EL ALCAIDE DUDA) No tema, señor Alcaide. No tengo la menor idea de quién es la niña, pero si resulta una sentimental que me traiga un revólver o un poco de cianuro de potasio, pierde su tiempo. No defraudaría al soberano estado de Connecticut por nada en el mundo, ni aún para agradar a una dama.
- ALCAIDE : (SONREIDO) Bueno, bueno... Voy a dejarlo hablar a solas con la joven.
- DYKE : Gracias.
- ALCAIDE : Este privilegio no se le ha otorgado a nadie antes, pero si usted me da su palabra de honor...
- DYKE : (CINICAMENTE) ¿Mi honor? Tantas gracias!
- ALCAIDE : Padre Daly... ¿quiere acompañar a Dyke al próximo salón? Debo hablar antes a la joven.
- PADRE : Con mucho gusto. Ven hijo mío. (EL PADRE Y DYKE SALEN HACIA EL SALON)
- ALCAIDE : Los llamaré dentro de unos minutos.
- DYKE : Prometemos no fugarnos. (SALEN)
- ALCAIDE : Enrique! Enrique!
- AYUDANTE : (ENTRANDO) Diga usted, señor Alcaide.
- ALCAIDE : ¿Está la joven en la sala de espera?
- AYUDANTE : Sí, señor.
- ALCAIDE : ¿Todo bien?
- AYUDANTE : Sí, señor.
- ALCAIDE : (APAGA EL CIGARRO) Dígale que puede pasar.
- AYUDANTE : Sí, señor. (HABLA DESDE LA PUERTA) Entre aquí, señorita. Este es el señor Alcaide. (ENTRA LA JOVEN)
- ALCAIDE : Muy bien Enrique. Puede retirarse.
- AYUDANTE : Sí, señor. (SALE)
- ALCAIDE : (SE LEVANTA A MEDIAS) Siéntese, joven.
- NIÑA : Muchas gracias, señor (SE SIENTA EN LA SILLA CERCA DEL ESCRITORIO Y LO MIRA CONFIADAMENTE)

- ALCAIDE : Usted tuvo una entrevista con el gobernador, ¿verdad?
- NIÑA : Estuve con él cerca de una hora.
- ALCAIDE : Me informan que usted desea ver a Dyke, ¿no es cierto?
- NIÑA : Sí, señor. Espero no haber llegado... tarde.
- ALCAIDE : No, no ha llegado tarde, pero antes de que lo vea, deseo hacerle algunas preguntas. (SU REACCION DE INCERTIDUMBRE LO INDUCE A SUAVIZAR EL TONO DE SU VOZ) No debe ponerse nerviosa. Solamente deseo hacerle más fácil su entrevista con Dyke. ¿Dónde vive usted?
- NIÑA : En un pueblecito de Ohio.
- ALCAIDE : (MUY BONDADOSAMENTE) ¿En qué sitio?
- NIÑA : En Pennington, señor. Un pueblecito cerca de Columbus.
- ALCAIDE : ¿Vive allí con sus padres?
- NIÑA : Con mi madre solamente. Mi padre murió cuando yo era muy pequeña.
- ALCAIDE : ¿Por qué no vino su madre en vez de usted?
- NIÑA : Mamá está muy enferma.
- ALCAIDE : Comprendo. ¿Tiene usted más hermanos?
- NIÑA : Uno solo, señor, éste. Juan y yo éramos los únicos hijos... y nos queríamos mucho.
- ALCAIDE : Juan! Pero él es mucho mayor que usted.
- NIÑA : Sí, diez años mayor.
- ALCAIDE : ¿Por qué se fue él de su casa?
- NIÑA : No le sé decir. Quizás porque quería vivir en una ciudad grande, y nuestro pueblo es muy pequeño.
- ALCAIDE : ¿Cuánto tiempo hace que no ve a su hermano?
- NIÑA : Ocho años.
- ALCAIDE : (SU VOZ CASI PATERNAL) ¡Ocho años! ¿Y cree usted, señorita, que pueda reconocer a su hermano después de tanto tiempo?
- NIÑA : (MIRA HACIA ABAJO, COMO TURBADA POR ADMITIR QUE SI) Bueno, yo creo que sí, pero no estoy segura. Era muy pequeña cuando se fue - él no era tan malo, señor, no era malo, se lo aseguro.
- ALCAIDE : Y ¿qué le hace creer a usted que este muchacho Dyke sea su hermano? Además, ¿por qué no vino antes? Hace seis meses que se discute este caso en la prensa.

- NIÑA : Porque fue la semana pasada que mamá leyó en el periódico un artículo comentado. En una parte del artículo expresaban ideas tal y como Juan las hubiera dicho. Además el artículo tenía el retrato de un hombre que tenía un parecido muy pequeño con mi hermano. Inmediatamente mamá quiso que yo viniera a la prisión.
- ALCAIDE : Es una lástima que su mamá no haya podido hacer el viaje. Ella lo hubiera reconocido.
- NIÑA : Sí, señor, pero yo haré mi mayor esfuerzo.
- ALCAIDE : ¿Cuánto tiempo hace que no reciben noticias de su hermano?
- NIÑA : Cerca de cinco o seis años. La última carta que recibimos fue desde Washington.
- ALCAIDE : ¿En qué trabajaba él allí?
- NIÑA : No lo recuerdo. Cuando vivía en casa trabajaba en una librería. Le gustaban mucho los libros.
- ALCAIDE : ¿Y por qué cree usted que su hermano dejó de escribirles?
- NIÑA : No le podría decir.
- ALCAIDE : ¿Tuvo su hermano alguna vez disputas con alguien?
- NIÑA : Oh, no, señor, nunca. Tenía muy buen carácter.
- ALCAIDE : Y ¿qué va usted a preguntarle ahora? Porque usted me ha dicho que no le será fácil reconocerlo. Y le garantizo que Dyke no le ayudará mucho. Supóngase que él no quiere que lo reconozcan, que está muy avergonzado.
- NIÑA : He pensado en eso. Simplemente voy a hablarle, a hacerle preguntas sobre muchas cosas que él y yo hacíamos juntos; lo miraré al rostro y si es mi hermano, lo reconoceré.
- ALCAIDE : ¿Qué hacían ustedes cuando niños?
- NIÑA : Jugábamos mucho cuando yo era pequeña, él me contaba historias, cuentos...
- ALCAIDE : No creo que Dyke...
- NIÑA : Especialmente me contaba historias de Shakespeare.
- ALCAIDE : Shakespeare!
- NIÑA : Sí. En sus propias palabras y con mucha gracia me contaba los dramas de Shakespeare.
- ALCAIDE : Realmente, dudo que Dyke...

- NIÑA : El recitaba fragmentos de poemas. La poesía sí le gustaba mucho. Estaba seguro de llegar a ser un día un gran actor. Siempre tomaba parte en las representaciones dramáticas de su escuela superior. A veces me hacía aprender algunos versos. Todas las noches se sentaba al lado de mi cama, y antes de dormirme recitábamos dos trozos de Romeo y Julieta. Después yo me dormía profundamente. Recuerdo también aquellos momentos.
- ALCAIDE : (MUEVE LA CABEZA) Dyke no es su hermano, joven.
- NIÑA : ¿Por qué dice eso?
- ALCAIDE : Porque Dyke nunca oyó nombrar a Shakespeare, y mucho menos aprender sus versos. (TOCA UN TIMBRE) Sin embargo usted lo verá y hablará con él. (ENTRA AYUDANTE) (ABRE LA PUERTA Y CUANDO DYKE Y EL PADRE ENTRAN, CRUZA DETRAS DEL ALCAIDE, Y VA A SALIR CUANDO EL ALCAIDE LE HACE UNA SEÑAL, Y EL PERMANECE ALLI.)
- ALCAIDE : (SE PONE DE PIE) Dyke, ésta es la joven que vino desde Pennington, Ohio, para verlo.
- DYKE : (HA ESTADO HABLANDO EN VOZ BAJA CON EL PADRE, LEVANTA LA CABEZA RAPIDAMENTE) ¿señor?
- ALCAIDE : Puede hablar con ella aquí, a solas. (LA NIÑA SE HA PUESTO DE PIE, SIN ALIENTO) (DYKE LA MIRA FRIAMENTE)
- DYKE : Muchas gracias, señor. No será por largo tiempo.
- ALCAIDE : El Padre y yo esperaremos en el salón contiguo y dejaremos la puerta abierta. Usted, Enrique, permanecerá en la sala de espera y la puerta estará abierta. (A LA NIÑA) Recuerde lo que le dije.
- NIÑA : Sí, señor. (QUEDAN DYKE Y LA NIÑA SOLOS, FRENTE A FRENTE. DYKE DA LA IMPRESION DE UNA INDIFERENCIA COMPLETA: LA NIÑA MUY AGITADA.)
- NIÑA : (DESPUES DE VANOS ESFUERZOS) Mamá quiso que viniera a verle.
- DYKE : Sí.
- NIÑA : (BAJA LA VISTA) Usted ve, hace tanto tiempo que no hemos sabido de mi hermano Juan. Más de cinco años. Cuando mamá leyó en el periódico, pensó...
- DYKE : ¿Que yo podría ser su hijo Juan?
- NIÑA : Sí.
- DYKE : Sin embargo ya ve que no lo soy.
- NIÑA : (LO MIRA DE NUEVO) No estoy muy segura de ello. Usted se parece a él, pero hace tanto tiempo, y yo me imaginaba a Juan tan distinto.

- DYKE : Yo no podría ser su hermano Juan, pues nunca tuve hermanas.
- NIÑA : ¿Está usted diciendo la verdad?
- DYKE : Sí, señorita.
- NIÑA : (NO ESTA CONVENCIDA) ¿Cómo se llama usted?
- DYKE : Jaime. Jaime Dyke.
- NIÑA : ¿Es ese su verdadero nombre?
- DYKE : Lo es. ¿Cree usted que vaya a mentir en este momento?
- NIÑA : No, no creo. ¿Dónde nació usted?
- DYKE : En el Canadá, pero he vivido en muchos sitios.
- NIÑA : ¿Nunca vivió en Ohio?
- DYKE : No. Nunca.
- NIÑA : ¿En qué trabaja usted?
- DYKE : Hacía de todo un poco.
- NIÑA : ¿Le gustan los libros?
- DYKE : ¿Los libros?
- NIÑA : Sí, para leer.
- DYKE : Bueno, leo cuando no hay otra cosa que hacer. Aquí he leído bastante.
- NIÑA : ¿Nunca vedió libros?
- DYKE : No, nunca.
- NIÑA : (CONFUNDIDA) No quisiera molestarlo con tantas preguntas, pero...
- DYKE : No me molesta. Continúe si le hace sentir mejor.
- NIÑA : ¿Usted fue a la escuela, verdad, a la escuela superior?
- DYKE : No, no llegué a ella.
- NIÑA : ¿Nunca quiso ser actor, o lo fue alguna vez?
- DYKE : ¿Actor yo? No, señorita, nunca.
- NIÑA : ¿Conoce usted a Shakespeare?
- DYKE : ¿A quién? No.
- NIÑA : (DUDA UN MOMENTO, ENTONCES MIRANDOLO FIJAMENTE RECITA)

Si el velo de la noche no ocultara  
el rubor que en mi faz ha florecido  
al escuchar...

(AL NOTAR LA EXPRESION DE VACIO EN DYKE DEJA DE RECITAR,  
PERO LO MIRA FIJAMENTE)

- NIÑA : ¿No conoce estos versos?
- DYKE : No los conozco, pero me parecen algo tontos. ¿No le parece a usted?
- NIÑA : Adiós!... Adiós!...  
Es tan dulce la pena de partir  
que incansable este adiós repetirán  
hasta que el alba luminosa borre  
los oscuros condales de la noche.
- DYKE : (MUEVE LOS LABIOS, COMO SU FUERA A REIR) ¿Cómo?
- NIÑA : ¿Qué viene después?
- DYKE : Por Dios. Qué se yo.
- NIÑA : (LO MIRA FIJAMENTE COMO SI QUISIERA LEER EN SU MENTE. ENTON-  
CES LE EXTIENDE LA MANO) Buenas noches, señor, usted no  
es Juan, ¿verdad? Yo tenía que venir. Espero no haberlo  
entristecido mucho.
- DYKE : (NO LE EXTIENDE LA MANO) ¿Se va tan pronto?
- NIÑA : (COMPLETAMENTE ABATIDA) Le prometí a ese señor... ¿es el  
alcaide, verdad? Le prometí que me iría enseguida si usted  
no era mi hermano. Y usted no lo es, ¿verdad?
- DYKE : ¿Vuelve donde su mamá?
- NIÑA : Sí, señor.
- DYKE : Me extraña tanto que su mamá haya enviado en una misión tan  
triste a una niña como usted. ¿Por qué no vino ella?
- NIÑA : Ella está muy enferma.
- DYKE : Oh. Lo siento mucho.
- NIÑA : Está muy enferma, y su estado se debe a la angustia que siente  
por Juan.
- DYKE : Pero cuando usted le diga que su hijo no es un criminal,  
la noticia le aliviará mucho, ¿no cree?
- NIÑA : Sí, creo que sí, sólo que...
- DYKE : ¿Sólo qué?
- NIÑA : No creo que mamá sane por completo hasta que sepa con seguri-  
dad qué ha sido de Juan.



- DYKE : (TRISTEMENTE) Es verdad. Una madre merece más consideración. Ojalá yo hubiese tratado mejor a la mía. (TRANSICION) Pero usted no me ha dicho su nombre, ¿verdad?
- NIÑA : Josefina París.
- DYKE : (DE REPENTE, ESCUCHA ATENTO) ¿París? Es un nombre raro. Sin embargo, me parece haberlo oído antes...
- NIÑA : Es igual que el nombre de la capital de Francia.
- DYKE : ¿Y el nombre de su hermano es... Juan?
- NIÑA : Sí, pero, ¿qué le sucede?
- DYKE : (ARRUGANDO EL CENEO) Estaba pensando, tratando de recordar. ¿Cómo era el nombre de aquel muchacho? Un momento. Un momento. (DANDOSE UN PALMETAZO) Sí, ya sé. Juan París, Juan Antonio París.
- NIÑA : (SORPRENDIDA) Sí, ese es su nombre. Ese es Juan. ¿Cómo lo supo usted...?
- DYKE : (SU MANERA ES CONVINCENTE) Escuche, escuche atentamente, y no me interrumpa porque tenemos poco tiempo y yo quiero que entienda lo que voy a decirle para que así se lo repita a su mamá: Cuando estalló la guerra, me enlisté como voluntario y fui enviado al extranjero con los canadienses. Una mañana hicimos un fuerte ataque al enemigo, pero al regreso uno de nuestros oficiales cayó herido en el campo. Estábamos lejos de él cuando nos dimos cuenta. Ya los enemigos empezaban su contra-ataque, y de pronto un joven de los nuestros corrió a socorrer al oficial. Tuvo que atravesar una cortina de balas, y, le disparaban con rifles y ametralladoras. Tenía muy poca oportunidad de salir ileso, y él lo sabía, pero aún así siguió en su empeño. Cargó al oficial sobre sus hombros y ya que regresaba con él cayó una bomba sobre ellos. Después, encontramos su placa de identificación... Se llamaba... Juan Antonio París...
- NIÑA : (LLEVA AMBAS MANOS AL PECHO) Oh!
- DYKE : Si ese era el nombre de su hermano, puede decirle a su mamá que murió valientemente, como hombre y soldado, hace tres años.
- NIÑA : Juan, mi hermano Juan, ¿está muerto?
- DYKE : En el campo de batalla. Es uno de los muchos actos heroicos que nunca se han mencionado. Si algún oficial hubiese estado allí, su mamá hubiese recibido una medalla en reconocimiento al heroísmo de su hijo.
- NIÑA : ¿Y usted estaba allí y lo vio?
- DYKE : Sí, yo lo vi. Hace tres años de esto. Por eso no han tenido noticias de él. Y si usted no me cree, puede escribir a Otawa y pedir el registro oficial. Es claro, esos registros

están en muy malas condiciones, pero por lo menos le pueden decir con qué batallón peleó en el frente. No le sorprenda si le dicen que murió en el campo de batalla, en un hospital, o que nunca fue encontrado, porque en verdad no todos los documentos están en orden. Pero yo le he dicho la verdad y su mamá debe sentirse orgullosa de tener un hijo que murió como un héroe y no como un criminal.

- NINA : Sí, sí, estoy segura de eso!
- DYKE : ¿Y a usted también le alegra la noticia?
- NIÑA : Sí, me hace feliz, muy feliz, sobre todo después de lo que las dos temíamos. Ni siquiera puedo llorar. Voy a darle la noticia enseguida a mamá.
- DYKE : (COMO INSPIRADO SUBITAMENTE) Tengo algo más para ella. (COGE EL SOBRE DE LOS BONOS Y LO SELLA) Llévele este sobre y dígame que se lo envía un hombre que vió morir a su hijo; que se lo envía en recuerdo de Juan Antonio París. (EL TOCA EL BRAZO DE ELLA CUANDO ELLA VA A ABRIR EL SOBRE) No, no lo abra... que lo haga ella.
- NIÑA : Pero, ¿qué es? ¿No puedo yo saber?
- DYKE : Después que se lo entregue a su mamá. Es lo único que poseo, y no tengo a quién dárselo. Y dígame que se compre una estrella dorada en recuerdo de su hijo. Usted también, compre otra estrella y úsela... aquí. (SE SEÑALA EL CORAZON) ¿Lo hará?
- NIÑA : Sí, lo haré, pero me parece que la usaré en el nombre de usted también.
- DYKE : (MUEVE LA CABEZA) No... no. Eso no debe hacerlo. Yo no puedo estar nunca al mismo nivel que su hermano. Y ahora creo que debe marcharse. Lo siento, lo siento mucho, pero debe ser así. Me alegra que usted, señorita, haya llegado a tiempo.
- NIÑA : (LE DA LA MANO) Adiós, y muchas gracias. Ha hecho usted tanto por mamá y por mí... Y siento mucho que esta noche tenga usted que... Si yo pudiera hacer algo para hacerlo un poco feliz. Si puedo, dígame, se lo suplico...
- DYKE : (PENSATIVAMENTE) Pues... sí... solamente... que...
- NIÑA : Dígame, dígame, por favor...
- DYKE : (CAMBIA LA VISTA) No, no puedo decirle. Nunca... he debido pensar en ello.
- NIÑA : Dígame, por favor. En recuerdo a Juan se lo pido.
- DYKE : (EN VOZ BAJA Y DESOLADA) Le diré. En todos estos meses en que he estado en este lugar odioso, usted ha sido la primera joven a quien he visto. Ya casi había olvidado cómo

se parecen ustedes a los ángeles. He estado tan solo, esta noche especialmente, que si usted quisiera hacer algo por mí en recuerdo de su hermano... Usted se va enseguida, y yo no tengo una hermana de quien despedirme. Si usted quisiera realmente decirme adiós... (ELLA LO MIRA, COMPRENDE Y LENTAMENTE VA HACIA EL. EL LA SOSTIENE EN SUS BRAZOS Y LE BESA LA FRENTE. PAUSA) Adiós querida. (CON UN NUDO EN LA VOZ)

- NIÑA : Buenas noches. (TRATA DE SONREIR, PERO TIENE UN NUDO EN LA VOZ) (COMPUNGIDA) Adiós.
- DYKE : (IMPULSIVAMENTE) ¿Qué le sucede?
- NIÑA : (MUEVE LA CABEZA) No, nada.
- DYKE : Dígame, se lo ruego.
- NIÑA : (ESTRUJA SU PAÑUELO) Estaba pensando en los versos que le decía a mi hermano por las noches... (A PUNTO DE LLORAR) Si se los hubiese podido decir una vez más...
- DYKE : ¿Cuáles son?
- NIÑA : Se los dije a usted una vez, y no le gustaron...
- DYKE : (SUAVEMENTE) Recítelos, por favor...
- NIÑA : (CASI LLORANDO) Adiós! Adiós!  
Es tan dulce la pena de partir  
que incansable este adiós repetiría  
hasta que el alba luminosa borre  
los oscuros cendales de la noche.  
(CAMINA HACIA LA PUERTA, DUDA, CASI SE VUELVE, Y CON UN SO-  
LLOZO, SALE Y CIERRA LA PUERTA. POR ALGUNOS SEGUNDOS DYKE  
PERMANECE MIRANDO FIJAMENTE LA PUERTA: DESPUES, SIN CAMBIAR  
DE ACTITUD NI DE EXPRESION, HABLA TIERNAMENTE Y RECORDANDO)
- DYKE : Que adormezca tus párpados el sueño  
y sosiege la paz tu corazón  
Que gozoso descanso el de mi alma  
si en plácido soñar se adormeciera!  
(EL ALCAIDE Y EL PADRE ENTRAN Y AL VER A DYKE SE MIRAN SORPEN-  
PRENDIDOS. EL ALCAIDE MIRA EL RELOJ Y TRATA DE INTERRUMPIR  
LAS REFLEXIONES DE DYKE, PERO EL PADRE LO DETIENE. EL PADRE  
SE SIENTA EN UNA DE LAS SILLAS DE ATRAS, EL ALCAIDE CRUZA  
EN PUNTILLAS HASTA SU ESCRITORIO: ESTA MUY NERVIOSO Y MIRA  
CONTINUAMENTE EL RELOJ. DYKE SE VUELVE, SUS PENSAMIENTOS  
ESTAN LEJOS. SE SIENTA EN LA SILLA A LA DERECHA DEL ESCRITO-  
RIO, LA MANO DERECHA EN LA RODILLA. SE LLEVA LA MANO IZ-  
QUIERDA A LA GARGANTA, COMO PARA PROTEGERSE DE UN DOLOR.  
MIRA HACIA ADELANTE, HACIA LO DESCONOCIDO Y HABLA COMO EN  
SUEÑOS)

Del paradójico acontecer  
con que la vida asombra nuestros ojos  
nada tan extraño he contemplado

como los hombres presos del temor  
ya que la muerte, fin ineludible,  
es hija de una hora destinada.

(SE DETIENE, MEDITA, MIENTRAS EL ALCAIDE MIRA AL PADRE PARA  
VER SI ESTE INTERPRETA LO QUE DICE DYKE. DE PRONTO A DYKE  
SE LE ILUMINA EL ROSTRO POR UN NUEVO RECUERDO; Y VUELVE A  
HABLAR, MIENTRAS EL ALCAIDE TRATA DE COMPRENDER)

Varias veces al cáliz de la muerte  
prueba el cobarde antes de morir  
el valiente lo apura de una vez.  
(SE DETIENE DE NUEVO, INCLINA LA CABEZA Y REPITE MUSITANDO)  
El valiente lo apura de una vez.

(LA PUERTA INDICADA SE ABRE EN SILENCIO Y APARECE MANUEL,  
EL CARCELERO, OBEDECIENDO INSTRUCCIONES SE DETIENE EN EL  
UMBRAL. EL PADRE Y EL ALCAIDE MIRAN AL CARCELERO Y CON UNA  
MIRADA SIGNIFICATIVA SE PONEN DE PIE, TARDIAMENTE. LA MANO  
DEL ALCAIDE AL DESCANSAR EN EL ESCRITORIO, SE VE TEMBLAR.  
UN MOMENTO DE SILENCIO ABSOLUTO: SUBITAMENTE DYKE LEVANTA  
LA CABEZA Y VE AL CARCELERO EN LA PUERTA. CASI SE LEVANTA  
Y MIRA FIJAMENTE, FASCINADO: VUELVE A SENTARSE DESPACIO  
Y VUELVE EL ROSTRO PARA MIRAR AL PADRE Y AL ALCAIDE. EL  
ALCAIDE EVITA LA MIRADA, PERO LA EXPRESION DEL PADRE ES DE  
SUPREMA MISERICORDIA Y ESTIMULO. INVOLUNTARIAMENTE, LA MANO  
DE DYKE VA HACIA LA GARGANTA, PERO LA DETIENE: AGARRA LOS  
BRAZOS DE LA BUTACA: SE PONE DE PIE Y PERMANECE RIGIDO,  
MUY DERECHO, CASI COMO UN SOLDADO EN ATENCION)

- ALCAIDE : (CON VOZ ENTRECORTADA) Dyke!
- PADRE : (VA HACIA DYKE CON LA MANO DERECHA EN ALTO COMO SEÑAL DE  
DE BENDICION) Hijo mío!
- DYKE : (LOS MIRA FIJAMENTE: EN VOZ BAJA Y FIRME) Bien. Vamos.  
(CON LA CABEZA EN ALTO Y ORGULLOSA, Y LOS HOMBRES, SE MUEVE  
DESPACIO HACIA LA PUERTA. EL PADRE, CON LA LUZ DE SU LLAMADO  
EN LOS OJOS, SE MUEVE HACIA LA PUERTA ANTES QUE DYKE. CUANDO  
HAN ADELANTADO UNO O DOS PASOS, EL PADRE COMIENZA A HABLAR  
Y DYKE A RESPONDER)
- PADRE : "Y levantando mis ojos imploraré hacia los montes"
- DYKE : "El valiente lo apura de una vez"
- PADRE : "De donde llega el consuelo de mi alma"
- DYKE : "El valiente lo apura de una vez"
- PADRE : (CASI HA LLEGADO A LA PUERTA: SUBE UN POCO LA VOZ Y LA EMO-  
CION) "El consuelo de que es fuerte el Señor de la tierra  
y de los cielos"
- DYKE : "El valiente lo apura de una vez"

(CUANDO EL ALCAIDE, CUYAS MANOS ESTAN FUERTEMENTE ASIDAS  
HA PASADO EL UMBRAL, EL CARCELERO LO SIGUE Y CIERRA LA PUERTA  
TRAS EL. UNA LEVE PAUSA Y CAE EL TELON)